

dato una prueba mas de la infecundidad de sus concepciones. Diga lo la iglesia rusa, de la que nos refiere un ilustre viajero lo siguiente: "Los institutos monásticos, son los que proveen á la iglesia de obispos y dignidades, y á las academias y seminarios de directores y profesores. Pero esa noble y generosa voluntad que hace al hombre renunciar al mundo y acogerse al claustro para servir á Dios en el silencio de la soledad, orando, estudiando las ciencias sagradas y sirviendo al prójimo, en vano la buscaríamos entre los monjes rusos; pues que muy diversos son los fines que los han llevado al monasterio. Ningun individuo puede ser admitido en los *satnuges* ni en los *sastalnujes* (1) sin haber completado la edad de cuarenta años, si es hombre, ó de cincuenta si es mujer: es decir, despues que han apurado el cáliz de los placeres, y cuando ya no se sienten con vida para la disipacion del siglo, ni con fuerzas vigorosas para prestar servicios á la sociedad civil. La voz celestial que debe servir de fundamento á la resolucion de abrazar una vida semejante, no deben escucharla sino cuando la sociedad humana se dispone para rechazarlos como inútiles, y cuando ordinariamente la relajacion de costumbres debiera alejarlos mas bien de la profesion religiosa. No debe sorprendernos, pues, que los cuerpos regulares no entrañen allí alguna de esas bellas flores de la juventud, que suele arrebatarse á la disipacion del siglo el fervor cristiano, ni que puedan engalanarse aquellos con el ropaje de la virtud mas alta del Evangelio, y que hace la hermosura de los claustros del catolicismo. . . . la virginidad. . . . Lo sublime de esta virtud, así como el bellissimo conjunto que forman las demas que la acompañan, están muy distantes de hermohear las lauras y los *satnuges* de la Rusia. (2)

[1] Los primeros son los conventos ordinarios ó pagados por el gobierno; y los segundos los estraordinarios y sostenidos por limosnas de particulares. [Nota del autor cuyo testo se cita.]

(2) Eyzaguirre. *El catolicismo en presencia de sus disidentes*. Tom. 1.º, cap. 26.—No podemos prescindir de recomendar encarecidamente la lectura del libro que acabamos de citar. Eyzaguirre en su obra ha venido á dar fé, por decirlo así, de la realizacion de muchas tristes verdades: del *hic et nunc* de las actualidades repugnantes, de los errores del orgullo y de la insuficiencia humana. Lo que Bossuet nos enseñó en su *Historia de las variaciones de la reforma protestante*: Colbet en su *Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*: Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*: Augusto Nicolás en *El protestantismo y todas las herejías en la relacion que tienen con el socialismo*; y Donoso Cortés en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales*; Eyzaguirre ha ve-

Hé aquí á lo que deja reducidas el error las concepciones mas bellas del cristianismo; esto es, los planteles en donde se ensaya la realizacion de las virtudes mas sublimes, de los consejos mas elevados del Evangelio. Hé aquí tambien á donde nos conduce esa filo-offia escéptica; esa civilizacion que destruye entre nosotros los claustros, y que paga con dinero la apostasia de los débiles. Arranca de nuestra sociedad el árbol á cuya sombra se criaron las generaciones de donde procedemos; y no piensan que al desarraigar el árbol puede desgajarse el terreno de donde se arranca; porque el fué formado por el aluvion del mundo, merced al árbol mismo á cuyas raices se apogó. ¡Destruyen los institutos monásticos, y creen que con ello mejoran la sociedad! ¡Insensatos! Les sucede lo que al empírico maquinista que desarmó un reloj para componerlo; y cuando al reorganizarlo le sobraron piezas cuya colocacion ignoraba y cuyos oficios desconocia, pensó neciamente que no solo habia reconstruido la máquina, sino que habia utilizado, economizando piezas!

¡Insensatos! Lamentables como son sus errores disolventes, terribles por sus largas trascendencias, ellos no demuestran otra cosa, sino que, para nosotros, el presente es uno de los tiempos desgraciados de que dijo el Espíritu Divino; *porque llegará un tiempo en que los hombres no podrán tolerar la sana doctrina, y con un prurito de oír lo que les lisonjea, recurrirán á una turba de doctores propios para satisfacer sus deseos. Y cerrando los oídos á la verdad, los abrirán á cuentos y fábulas.* (1)

VI.

Dijimos antes que entre los cuatro jóvenes á quienes vimos tomar el hábito en Guadalupe, habia un ciego de nacimiento. Este se recibió como novicio para la profesion laical. Era originario del Cedral: en la casa de sus padres se hospedaban con frecuencia los Padres de Guadalupe; y esto hizo que el ciego les cobrase afecto, así como al instituto monástico de que eran hijos los frecuentes huéspedes de su hogar paterno. Era músico, y pulsaba con admirable dulzura el arpa y la flauta. Poseía ese estilo peculiar á los músicos ciegos, cuyas concepciones musicales, muchas veces, no tienen imitacion en las es-

nido despues de todos, y con tanta gloria como ellos, y confirmando sus doctrinas, nos ha dicho con la seguridad que presta la evidencia: *Todo es verdad, yo lo he visto todo.*

[1] S. Pablo, 2.º & Timot. IV., vv. 3 y 4.

calas del arte. Pretendiendo alguna vez sujetar al análisis de nuestro sentimiento las cadencias y armonía de la flauta de nuestro ciego, encontramos en ella una sucesión grave de períodos dulcísimos, interrumpida de vez en cuando por arrauques muy vivos que registraban las notas más agudas, elevándose hasta los cielos, de donde descendía el músico con igual rapidez que se había elevado, para conservarse á una altura modesta; la del corazón sencillo. En este temple agotaba la riqueza de su instrumento, con dulzura tan apasionada como la de esas palabras que envuelven mil misterios de amor y que se murmuran apenas al oído de la púdica virgen á quien se ha entregado el corazón sin reserva, y se le confían los delicadísimos afectos de una pasión que solo puede ser comprendida por otra pasión igual. Casi es general este carácter á la música de los ciegos, que siempre pueden decir lo que Cimodocea cuando se esforzaba por cantar su epitalamio en la víspera de su martirio. *¿Por qué cuando quiero cantar como la alondra, lloro como la flauta consagrada á los sepulcros?* (1)

Este ciego, llevando en el claustro todavía la vida de donado, se hizo conducir al órgano del templo: se impuso de la riqueza del instrumento, y se prometió pulsarlo con la misma destreza con que pulsaba su arpa y su flauta. Y sucedió así, porque muy en breve, él ejecutaba la música del coro para la celebración de los divinos oficios. No llegó á hacer la profesión monástica, porque su padre tomó con el ascendiente de tal, todo el empeño posible para disuadirlo de su resolución; logró en efecto arrancarlo, á su pesar, del asilo que había encontrado en el monasterio: algún tiempo después, hizo esfuerzos el piadoso ciego por volver á la casa de su elección; pero se le opusieron las mismas dificultades domésticas.

¿Cuál sería, preguntamos, la especie de fascinación ó seducción que obró sobre el corazón del ciego músico, que se resolvió á dejar la casa paterna por ir á abrazar las austeridades de la vida monástica? ¿Cuál sería el interés bastardo que hayan tenido esos *propagandistas sistemáticos*, para empeñarse por ganar un prosélito, en un desgraciado ciego, que naturalmente debía más bien servir de carga que de utilidad á la casa que aceptaba la obligación de proveer perpetuamente á la subsistencia de un inválido, que en recompensa, solo podría ofrecer los limitados servicios de un ciego, y ciego de nacimiento? Para tocar este punto, nada importa que no haya hecho por fin su profesión: para nuestro propósito basta que el ciego hubiera elegido libremente cierto estado, y que su deserción de él fuese contra su voluntad: que por la otra parte, el instituto, supuesto que le dió el hábito, se hubie-

[1] Chateaubriand. Los Mártires, ó el triunfo del Cristianismo.

ra puesto en el caso de admitir su profesión, y aceptar las consecuencias ulteriores á ella. Una y otra cosa demanda una ligera digresión.

Ese ciego que escogió la vida monástica y que luchó hasta donde pudo por no ser separado de ella, abandonó el mundo, donde más tarde ó más temprano habría venido á ser un hombre verdaderamente desgraciado: acaso para él, ese recurso era una verdadera necesidad; porque haciendo uso de él, se iba á convertir en un miembro útil para la sociedad; así como también se iba á poner á salvo para siempre de esas tempestades, que el contacto del siglo suscita aun en el corazón de los ciegos. Hay aptitudes, disposiciones, exigencias, ó como se les quiera llamar, en los individuos, que demandan para ellos imprescindiblemente una colocación determinada en el cuadro social. Si se ponen fuera de esa situación, ni ellos conquistan su felicidad, ni la sociedad en que viven reporta las ventajas que debiera de aquel individuo mal colocado. Esos hombres fuera de su lugar en el mundo, son como la rueda que se disloca en una máquina; si ésta es bastante potente y sigue su giro, la rueda dislocada será convertida en pedazos; pero si aquella es resistente, suspenderá el giro de todo el aparato, ó también lo hará disparar en completa desorganización. Nuestro ciego se sentía bien en el claustro; tal vez ese era el lugar que la Providencia le tenía deparado en el mundo: fué arrancado de él; y acaso se le ha hecho infeliz para toda su vida, ó se le ha puesto en camino para ser nocivo á la sociedad.

Ahora bien: en el mundo hay muchos hombres cuya situación es idéntica á la del ciego músico: hay enfermedades en el alma, peores que la ceguera del cuerpo; y ellas arrojan al individuo á estados más graves que el del que carece de la luz del sol. Así como en lo físico el predominio de un temperamento determina condiciones necesarias en el individuo (1); lo mismo el predominio de ciertas pasiones, determina condiciones especiales en los hombres, engendrará necesidades peculiares á esas condiciones; y para la satisfacción de ellas se hace necesaria determinada colocación en el orden de la sociedad. Sin apelar á los misterios de la gracia divina, tenemos que convenir en que, aun naturalmente, es preciso conceder al hombre que se deje arrastrar por ciertos impulsos, que lo lleven á colocarle en una posición en que cree que se sentirá feliz.

[1] Hablamos de condiciones físicas, y no de disposiciones morales, en el sentido que algunos frenólogos pretenden que dependan necesariamente de ciertas causas puramente orgánicas. El bilioso, el sanguíneo, el linfático, el nervioso tienen distintas predisposiciones; y en virtud de ellas son por necesidad natural más propensos á tales ó cuales enfermedades. En este sentido hablamos.

Por esto el Cristianismo que es la filosofía única concedora del corazón humano, ha arrojado de suyo espontáneamente tantos institutos, y tan varios, como son muchas y diversas las exigencias que en el hombre hay que satisfacer. ¿Y en qué épocas se han multiplicado esos planteles de penitencia y de sabiduría? Precisamente cuando el mundo ha necesitado mas de una potencia regeneradora. Los institutos monásticos no deben su origen á los Pontífices ni á los Obispos: nacieron del mismo elemento cristiano; y mientras éste subsista, se conservarán ellos á pesar del mundo: han variado en sus formas en el trascurso de los siglos; pero el espíritu que les dió vida, ha sido idéntico desde Pablo el primer ermitaño, hasta nuestros días.

Por esto los que atacan esos institutos; los que quieren extinguirlos como innecesarios, atacan directamente el elemento evangélico, y abren un vacío inmenso en el mundo que devora al corazón humano. Por lo mismo, donde el protestantismo cierra los claustros, multiplica las prisiones, y funda casas para locos: donde el filosofismo le arrebató á la débil mujer esos asilos santos en que puede ir á poner á salvo, en edad temprana, sus frágiles virtudes, allí tiene que abrir hospitales para las víctimas incurables del crimen; casas de refugio para el arrepentimiento tardío.... Hemos dicho mal, suponiendo que bajo el dominio del filosofismo se abra un solo asilo para el *amargo arrepentimiento*. Esta es una virtud esclusivamente cristiana; porque ella es hija de las tres grandes virtudes que son los omnipotentes resortes del sistema divino del Evangelio: donde no existen estas virtudes, puede venir, despues del cansancio de la vida, el hastío, la desesperacion, los desengaños estériles, pero no el arrepentimiento. El espíritu del Evangelio llevó á los piés del Salvador á la pecadora, á quien se perdonó mucho, porque tambien amó mucho; el espíritu del filosofismo llevó al apóstol traidor al pié del árbol que le sirvió de suplicio.

El Cristianismo abre asilos de santidad y de paz, donde el hombre pueda ir á curar sus dolencias ó á fortalecer sus virtudes; porque sabe que al débil le basta con su propio mal, y no necesita revestirse de las pasiones del mundo; porque sabe que el fuerte necesita ponerse á salvo de la precision de aceptar pruebas temerarias contra su propia virtud. Y los que destruyen los institutos monásticos; los que dicen que estas creaciones fueron propias solo para otra época, ¿sabeis lo que hacen? ¡Malvados. . . ! Ven á la sociedad enferma, corrompida hasta un grado vergonzoso; y para que no se escandalice de su propio mal, para que no se asombre de la intensidad de su corrupcion, abren la escuela infame de Dumas y de Sñe, y en ella se hace la autopsia de la misma sociedad, para poner de manifiesto la putrefraccion de las úlceras de sus entrañas, y habituar al hombre al espectá-

culo de la podredumbre y los gusanos que le corroen el corazón. Ellos obtienen su triunfo entre nosotros: sus obras nos lo hacen sentir. Se estingue un claustro; y sobre sus ruinas se abre una escuela de artes (1): se estingue un establecimiento piadoso, y sus rentas se aplican al pago de chusmas de asesinos y bandidos (2): se destroza un convento, y sobre sus escombros se establece un burdel (3): se profana un Santuario, se viola el altar; y la ramera aparece engalanada con las vestiduras sagradas (4). El ladrón brinda en el cáliz del sacrificio (5) y las abominaciones mas execrables se consuman en la misma casa de Dios (6).

¿Qué pensais ahora del modo de obrar de las órdenes religiosas en la propaganda del espíritu que las anima, comparado con el que ejerce la demagogia contra todo aquello que se opone á sus perversas miras? ¿A la propaganda monástica, al espíritu de un claustro prefeririais alguna vez el de un club democrático y la propaganda de esas turbas que se hacen preceder siempre por el terror, y que dejan señalado su paso con cenizas, sangre, desolacion é infamia? ¿Y qué pensais de esas casas que abren sus puertas de paz á un hombre tan nulo como lo es un ciego de nacimiento, oscuro por su origen, despreciable segun el siglo por su pobreza? ¿Qué cálculos, qué intereses podreis suponerles en conquistar prosélitos de tan poca valia? Esos cálculos, esos intereses son de un orden tan alto que es inútil hablar de ellos al que no es dado comprenderlos, porque no es capaz de sentirlos. Bástenos decir que, precisamente, aquello en que la religion es mas desinteresada y mas sublime, es lo que presenta mayor motivo de escándalo á la filosofía del mundo; por lo mismo que ésta trata de destruir todo aquello que le causa zelos, sin pensar que desaparecerá de la sobrefaz de la tierra toda ciencia y toda filosofía, antes que des-

[1] Esto ha sucedido en San Luis y en Zacatecas.

[2] Esto ha sucedido en todas partes donde la demagogia ha tenido tiempo de consumir sus proyectos de despojo.

[3] Esto sucedió en México. Se abrió una calle, destruyendo parte del convento de San Francisco; y ahora se ve en un sitio antes venerado, una accesoría infame que recuerda á Comonfort con su canalla y sus erimenes.

[4] Esto ha sucedido en Guadalajara, en San Juan, en Etzatlan, en Mascota, en Ameca, en Atemajac de las Tablas, en Ahuacatlan y en otros muchos lugares.

[5] Esto ha sucedido en Morelia; sucedió tambien en Guadalajara en Octubre de 1858.

[6] No se pueden confiar á la pluma algunas abominaciones consumadas en los templos por los constitucionalistas. Baste decir que en el de Magdalena se cometieron crímenes por la gavilla Rojas, peores todavía que la blasfemia, el asesinato, la fornicacion, erimenes sin nombre!!!

aparezca la simiente de la caridad de Jesucristo y sus frutos, que son esos prodigios que el hombre no comprenderá jamás con toda su vana sabiduría. *La caridad nunca fenece; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas y se acabará la ciencia* (1).

VII.

Dijimos antes cual era nuestra situación en Guadalupe; y ella, de uno en otro día venía á ser mas violenta, al grado de que esa enfermedad moral que nos dominaba, trascendiendo al físico nos habia puesto en un estado de abatimiento impropio de nuestra edad. Nuestros goces se reducian á la lectura, que no soportábamos por dos horas continuadas: á visitar el templo, que nos era ya demasiado conocido para que pudiese su vista escitar ese interes que procede de la reproduccion continuada de impresiones nuevas: á hacer algunos paseos por el campo en que, una vegetacion apenas perceptible y tostada por los hielos del invierno, presentaba un cuadro, mas bien que para divagar el espíritu, propio para escitar consideraciones tétricas. Nacidos nosotros en un suelo donde la fecundidad de la naturaleza hace admirar en los campos cuantas bellezas pueden imaginarse en una selecta coleccion de cuadros de paisaje, no podiamos menos que encontrar tristes puntos de comparacion en las llanuras místicas y estériles que rodean á Guadalupe y Zacatecas; principalmente cuando acabado de pasar el invierno habia seguido la estacion de los vientos, cubriendo de polvo el verde azulado de los plantíos de magueyes, que es la única vejetacion que suele fijar la vista en las estensas llanadas, donde en el peso del día nada hay que admirar fuera de esos fenómenos fantásticos, que la refraccion de la luz produce en una atmósfera enrarecida por el calor del sol, y opacada por el polvo de los huracanes.

Multitud de veces nos sorprendió la noche á mucha distancia de la villa, sentados entre los sulcos de alguna sementera, que por la falta de agua se habia secado sin producir su fruto. Nos habiamos ocupado tal vez en hacer recuerdos de nuestros bosques de pinos y de encinos, donde se respira un aroma vivificador, y donde nos apercibimos de la vida universal por ese conjunto de ruidos vagos, que nada dicen ni se pueden traducir al idioma del hombre, pero que forman el lenguaje de la naturaleza. Nuestros campos, inundados por manantiales perpétuos, cubiertos de flores sin cuento, recorridos por nu-

(1) San Pablo 1. á los Corint. XIII, 8.

merosos ganados semisalvajes, bajo una atmósfera ligeramente enrarecida, por un calor templado, valen mas que esas campiñas desoladas, entrecortadas por cerros desnudos, por cuyas faldas no se distingue mas que las blanqueadas mohoneras que marcan los linderos de las pertenencias mineras, y el *hasta aqui* de las disputas y ambiciones de los hombres, que llevan sus discordias hasta las entrañas de la tierra en busca de oro y de plata. . . . precio infame de la conciencia de muchos; razon *á priori* de las convicciones de tantos; prueba irresistible para el honor de innumerables!!!!

Todo esto y mas revolviámos en nuestras meditaciones. . . . ¿Y sería porque diéramos gran valor á la distancia de nuestro suelo? no, sin duda. Era porque hay situaciones en que la distancia de una legua entre nosotros y cierto objeto, vale tanto como si se interpusiese la vasta estension de los mares. ¡Cuántas veces en un mismo domicilio, tememos morir separados de alguna persona por el espesor de una pared! El corazon humano es un prisma de tantos colores, cuantas son las diversas situaciones en que pueden los humanos encontrarse constituidos: el mundo se vé al través de ese prisma, y por ello sus decoraciones varían como difieren los individuos. Si no hubiera vidrios que produjesen las ilusiones ópticas, no habria el goce que se tiene cuando por su medio, nos creemos trasladados á millares de leguas y á centenares de años, é imaginamos asistir al incendio de Roma, á las erupciones del Vesubio, ó á las fiestas de Venecia. Así tambien, si viéramos al mundo bajo su aspecto absoluto, y no al través de ese prisma del corazon, que recibe sus colores de múltiples influencias, no habria poesia; porque habria únicamente la monotonía de las formas absolutas, y la inmovilidad de sus inflexibles contornos.

Conociamos nuestro malestar y su procedencia: conociamos tambien cual debiera ser el remedio; y sin embargo, no nos atreviamos á ensayar su aplicacion: á la manera de ciertos enfermos que, conociendo la gravedad de su dolencia, se resisten al tratamiento de un médico, porque tiemblan de escuchar su diagnóstico, y tener que deducir de él un pronóstico tal vez funesto.

Hay decoraciones en el corazon que demandan imperiosamente una peripecia violenta, para obtener la solucion de ciertos nudos. Pues bien; esas peripecias solo la Religion las puede proporcionar. Por lo comun, cuando el hombre se abate hasta el aniquilamiento, en fuerza de circunstancias que no ha podido ó no ha querido dominar, es que se engolfa en sí mismo; y con un orgullo punible, parece que se juzga solo en la creacion, y que no hay mas de que ocuparse que de sí propio: de esta manera ensimismado el individuo, cuando recapacita, se encuentra aislado en el mundo; porque en justo castigo de su

neicia soberbia, se le retira todo aquello que antes le rodeara. Esta situacion lleva hasta los peores extremos, porque si no hubiera soberbios y ensimismados, no habria suicidas, ni locos culpables.

¿Y qué recurso queda al individuo para no chocar con el escollo de una locura culpable, ó de un suicidio calculado con frialdad? La Religión. Porque á proporcion que el hombre se aniquila hundiéndose en sí mismo, necesita elevarse á tanta altura, cuanto sea capaz de compensar su anterior abyeccion y de curar su enfermedad. Necesita por medio de un salto de gigante, levantarse desde los abismos humanos hasta las alturas de Dios, humillándose y aniquilándose, no en sí mismo, sino ante Dios; y una vez conseguido este esfuerzo, el nudo está ya resuelto; porque Dios ensalza al hombre en proporcion de lo que él mismo se habia abatido, confesando que no le es lícito gloriarse, sino en el favor y en la omnipotencia divina.

Al pensar de esta manera, tomanos la resolucion de ir á buscar la paz que necesitábamos en los recursos de la Religión, y á la sombra de los claustros del colegio de Guadalupe. Sin vacilar un momento, pusimos en planta aquella resolucion, dando de mano á algunas atenciones que nos ocupaban. Al dejar tras de nosotros el umbral de las puertas del monasterio, nos propusimos olvidar por unos dias cuanto pudiese tener pendiente nuestra atencion en otra parte que no fuese dentro de los muros de aquella casa.

VIII.

No nos ocuparemos de describir el interior del vasto monasterio de Guadalupe, ni la bella distribucion de sus departamentos, sus hermosísimos patios, su estenso jardin, y algunas obras de arquitectura dignas de especial mencion (1): esto no cumple al propósito que nos hemos fijado. Nuestro objeto es dar á conocer las impresiones que en

(1) Entre otras cosas notables recordamos una bellísima capilla erigida en honor de la Concepcion Inmaculada de María, donde se ven admirables trabajos de talla en cantera: esta capilla tiene de notable el ser una miniatura de la basílica de San Pablo de Londres. Un magnífico algibe en que se conserva el agua necesaria para el consumo de la comunidad en todo el año; esta obra tiene de notable que se desagua naturalmente á cierta altura, sin que sea conocido el conducto por donde se hace el desagüe. Un arco que sostiene el lienzo de pared de una capilla que amenazaba ruina: este arco es notable por su forma y por la manera con que ejerce una doble fuerza para sostenerse á sí mismo, y sostener la capilla á que sirve de apoyo. Estas dos últimas obras fueron construidas por un religioso laico del mismo Colegio, que fué un insigne arquitecto.

un claustro se pueden recibir. Al describir éstas, nos ocuparemos muy al paso de algunos objetos materiales á que conservamos ligado algun recuerdo. Por tanto no será extraño que pasemos por alto verdaderas cosas notables, y que mencionemos otras muy triviales. En circunstancias dadas no fijan la atencion del caminante las proporciones colosales, y majestuosa hermosura del pino secular, á cuyo pié se guarece de los abrasadores rayos del sol de mediodia; y sin embargo, se está mirando la trasparente gota de resina que destila del mismo tronco, y el pequeñísimo insecto que construye su albergue al abrigo de la corteza.

Al caer la tarde entramos al convento, y despues de haber recorrido algunos ambulatorios, apenas alumbrados por la incierta luz del crepúsculo, quedamos en posesion de la celda que nos fué señalada para habitacion. Como no conocíamos todavía la distribucion del estenso edificio, al entrar á la celda perdimos hasta el rumbo hácia donde quedaba la puerta principal, y nos encontramos como extraviados en nuestra misma casa. Esto nos hizo traer á la memoria aquellas fantasías tan frecuentes de las leyendas de la edad media, que nos representan unos castillos llenos de laberintos y de puertas secretas que, cerrándose tras del peregrino que allí recibiera la hospitalidad por una noche, no le dejaban ni vestigios del camino que habia llevado, ni conciencia segura de la situacion que guardaba, teniendo que dormirse pensando en endriagos y gigantes que vendrian á turbar su sueño.

En aquella celda encontramos los muebles necesarios para nuestra permanencia de algunos dias; una mesa con útiles de escritorio y algunos libros; todo era pobre, pero aseado con esmero. Tan luego como nos instalamos en este lugar, sentimos una especie de trasformacion en todo nuestro individuo, que nunca podríamos explicar cumplidamente. Como el que por largo intervalo ha estado sumergido en el agua, y que mediante un esfuerzo sale á respirar el aire en la superficie: como el que está medio sofocado en una atmósfera impregnada de miasmas dañinos, aspira por fin una corriente de viento puro que ensancha y vivifica sus pulmones, así nos sentimos nosotros cuando abrumados por nuestra anterior situacion, fuimos á sujetarnos voluntariamente á las influencias de aquel claustro.

Toda esa noche estuvo llamando nuestra atencion el ruido extraño que formaban las impetuosas corrientes de viento que, entrando por los brocales de un algibe, iban á hacer una esplosion en la profundidad, semejante á la detonacion lejana de una pieza de artillería de batalla. Esas ráfagas de viento eran una imagen de las pasiones del siglo, que invaden hasta el ámbito silencioso de los claustros, para ir

á hacer contra sus muros la postrera explosion, cuyo ruido trae el recuerdo de las borrascas de allá fuera.

Permanecemos mas de quince dias en el Colegio de Guadalupe, recibiendo en cada uno de ellos frecuentes obsequios y manifestaciones muy expresivas del aprecio de unos huéspedes que no nos conocian, ni supieron de nosotros otra cosa mas, que habiamos llamado á las puertas de su casa en busca de la paz del corazon. Algunos religiosos nos visitaban diariamente; pero sin ser nunca importunos ni embarazarnos en nuestra dedicacion á otros objetos. Ningun religioso, al hacernos sus visitas, dejaba de llevarnos un pequeño obsequio de aquello que creia podria sernos útil ó necesario: nos preguntaban, con empeño, si careciamos de alguna cosa ó si deseabamos otra, y se esforzaban por prevenir á nuestros deseos.

Los mismos que nos visitaban, se ofrecieron á enseñarnos lo que hubiera de mas notable en la casa: la vasta estension de ésta, sus hermosas capillas interiores, su biblioteca con un gran número de volúmenes, sus bellísimas pinturas, su galería de retratos de religiosos del mismo Colegio, célebres segun el espíritu del Evangelio, su huerta provista de gran variedad de legumbres y frutas; todo lo conocimos y visitamos repetidas veces, conducidos por los padres, que, sin hacer misterio de cosa alguna, contestaban con comedimiento á las preguntas que les haciamos sobre los diversos objetos que se nos presentaban á la vista.

En tantas veces como los religiosos nos favorecieron con sus visitas, nunca nos fastidiaron con una conversacion adusta, ó en que tuviesen pretensiones de lucir como hombres espirituales y entregados á una vida puramente ascética; parecia, antes bien, que estudiaban nuestro carácter para atemperarse á él en sus conversaciones, conforme á las reglas de una esquisita urbanidad. Tuvimos el gusto de tratar con varios eclesiásticos profundamente versados en la teología, en el derecho canónico, en la historia sagrada y profana, en la bella literatura romana y española, y en muchos otros ramos del saber humano. En el tiempo á que nos referimos, el Colegio estaba suscrito á los periódicos nacionales mas notables de la época; así es que, allí se estaba al tanto de los acontecimientos importantes contemporáneos. Y sin embargo, ese caudal de ciencia profana y sagrada, ese contacto con los acontecimientos del siglo, ni producía hinchazon en aquellos sabios modestos, que llenos de luz y de doctrina, podian ser comparados á unos niños por su sencillez; ni desdecía en lo mas mínimo de la gravedad de un instituto, cuya esclusiva mision es la de santificar á sus miembros, para que estos santifiquen al mundo. Esos religiosos se impregnan, por decirlo así, de todo el saber humano, y

aun de las actualidades del siglo, porque en su apostolado necesitan combatir el orgullo de la ciencia humana, é imprimir un sello divino sobre el instable carácter de ese siglo.

Si no temiésemos chocar con una susceptibilidad delicadísima, la modestia nimia de un verdadero sabio, citariamos en este lugar nombres que la gratitud y la admiracion no nos permite olvidar jamás; pero hombres como los sabios del Colegio de Guadalupe, cifran un motivo de merecimiento sobrenatural, en ocultar hasta sus nombres á los ojos del mundo. Así como tuvimos ocasion de tratar á esos varones eminentes por sus letras, conocimos tambien á otros que en una edad proveceta tienen cierto candor infantil que les asemeja á los ángeles. La ciencia de tales hombres se limita al conocimiento del camino del cielo, y á la práctica de unas virtudes verdaderamente sublimes, que lo son tanto mas, cuanto que son practicadas por el que las posee con una ignorancia santa de las bellas preceas con que el cielo le ha revestido. Semejantes hombres, deducen un incontestable derecho al cielo, diciendo solamente aquello del Apóstol: "*Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado.*" (1)

Algunos suponen que el espíritu monástico hace á los hombres adustos, intratables, incapaces de la sociedad, y que les dá como carácter dominante, una gazmoñería refinada que tiende á hacer gala de austeridad y de abstraccion en el trato mas comun, y en las acciones mas triviales de la vida. Pero esto, no solo no es exacto, sino que es absolutamente falso. Los que así piensan y se expresan, ó proceden de mala fé, ó por una ignorancia de que no quieren salir. Muchos hay que forman juicio sobre los monasterios y los monges, por uno que otro pasaje aislado de novela, por uno que otro hecho histórico cuyos antecedentes y consiguientes no se curan de averiguar; y por lo mismo creen que todo instituto monástico está calificado suficientemente por Walter Scott y por Saavedra, que contra toda orden religiosa se podría formar un proceso tan ruidoso como el que promovió Felipe el Hermoso contra los caballeros del templo. (2)

(1) 1. ^o á los Corintios, cap. 2. ^o, v. 2.

(2) Walter Scott, en varias de sus obras, y D. Angel de Saavedra, en su *Monasterio de Córdoba y Burgos en el siglo X*, presentan cuadros tristísimos del estado que guardaban los monges en las épocas á que se refieren. El crítico Bernardi, trae pasajes que demuestran una verdadera barbarie en los monasterios, allá en edades deplorables. Esos cuadros y esos pasajes no difieren mucho de la verdad histórica; pero ellos nada prueban contra la esencia del espíritu monástico.

El que quiera desengañarse de la realidad de las cosas, que vaya al interior de los claustros, donde tendrá que notar en sus hombres la misma diversidad de caracteres que se descubre siempre, donde hay muchos individuos reunidos de distintos países, educaciones y condiciones. Hay sí, en todos los miembros de un claustro, ciertos rasgos característicos que les imprime el alto espíritu de su instituto; esos rasgos serán los de la piedad en todas sus fases, en su diversidad de aplicación; lo que, en verdad, no es extraño. ¿Pues qué, no tenemos en el mundo esos mismos rasgos exclusivos, no solo en toda corporación, sino aun en cada clase de las que componen la sociedad? Pero esto no violenta de tal suerte el carácter del individuo, que le haga perder su fisonomía moral y le fuerza á conservarse en una tensión ridícula bajo ciertas *reglas de estatuto*.

En los claustros se ve á los jóvenes con la jovialidad propia de sus años; pero jovialidad que, en el decoro de sus trasportes, dá á conocer la madurez de un espíritu dominado por la virtud: se ve al anciano, quejoso, mal avenido con todo, displicente como en el siglo; pero todos estos vicios de la edad aparecen aplastados, digámoslo así, bajo el peso del hábito de la resignación: el hombre maduro conserva sus pasiones todas, las inclinaciones de su temperamento, y tendrá or-

Atiéndase á la época en que ellos tuvieron lugar, y esto solo dará una explicación plausible de lo que se juzgara inexplicable. En el siglo X y los siguientes, la sociedad toda estuvo sumida en la ignorancia y en la barbarie; y naturalmente esto mal trascendió á los institutos monásticos, como que formaban parte de la misma sociedad corrompida; pero esa participación nunca fué tal que hiciese de los claustros un motivo de escándalo, ni una escepción vergonzosa. Ellos al contrario, se encontraban á cierta altura que les constituía en estimable escepción. La prueba es, que en esos siglos de espantosa corrupción é ignorancia, los monasterios fueron los únicos conservatorios del saber humano y de las virtudes cristianas, cuando la sociedad toda descendió á un abismo espantoso. Tales hechos, pues, históricos y romancescos, deben traernos solamente esta consideración. Si tal era la ignorancia y corrupción de los claustros, ¿cuál sería, y cuán intensa la del mundo profano, cuando este no tenía mas elemento que el acero, y aquellos conservaban algo de la antigua ciencia, de las viejas tradiciones y de las doctrinas del Evangelio? Para calificar con criterio una institución, se han de tomar en cuenta los tiempos, las circunstancias generales y los hombres en sus relaciones con ellas: proceder de otra manera, es carecer absolutamente de filosofía histórica. Si para calificar el *Fuero Juzgo y las Siete Partidas*, descuidamos completamente el estudio de la historia y de la crítica, nunca formaremos un juicio exacto sobre esos esfuerzos del génio: ellos no han de ser juzgados conforme á las teorías de Filangieri y de Beccaria, sino conforme á la filosofía, á las necesidades, á las situaciones anormales de los tiempos á que debieron su origen.

gullo, será ambicioso de gloria, será... cuanto se quiera; pero el hecho es que todas esas pasiones, sin dejar de existir, tienen limitado su desarrollo al ejercicio de lo justo y de lo honesto; apenas se anuncia un desbordamiento ilegítimo de ellas, cuando la conciencia del sacrificio y el hábito del vencimiento, las reduce á la acción mas limitada.

Los religiosos que viven conforme á su regla, ni son estatuas que existan sin pasiones, ni son unos micos que sujeten todos sus movimientos al compás de ciertas manías, ni tampoco pueden menos que diferir en sus costumbres de las usanzas del siglo, sin que por ello vengan á ser unas plantas exóticas en la sociedad. ¿Qué son, pues? ¿Cuál es su carácter, cuáles sus rasgos distintivos? Son hombres, con un carácter natural y con la fisonomía que dá el ejercicio de toda clase de virtudes y la práctica de los consejos sublimes del Evangelio. El que quiera desengañarse de ello, que vaya, como nosotros, á verlo por sí mismo.

Se tiene la idea de que los frailes, generalmente son gentes bruscas, sin educación alguna y groseras en todos sus portes. Nosotros, en el Colegio de Guadalupe, tratamos con religiosos que, lejos de tener estos defectos repugnantes, al contrario, les encontramos muy al alcance de la educación del día, y de esos estilos delicados y maneras expresivas, que les pone en aptitud para tratar con la sociedad mas culta, sin descender por ello de la gravedad caballerosa que es indispensable en todo el que vista el austero hábito monástico.

Se hace cargo á los claustros de que sus comunidades se componen de personas salidas, por lo comun, de la clase menos culta y peor educada de nuestro pueblo: y que, por lo mismo, su sociedad es y debe ser chocante para todo aquel que tenga pretensiones de culto. Pero este cargo es falso por su generalidad. Además, si efectivamente las comunidades religiosas se ven hoy formadas por individuos de las clases mas humildes, ello es debido á la guerra que el filosofismo, de mucho tiempo á esta parte, hace á las instituciones monásticas. Como esa filosofía perniciosa cunde principalmente entre las clases mas altas de la sociedad, estas se retraen del acceso á las religiones, dejando libre el paso á las clases humildes, que se conservan mas á salvo de ciertas teorías de la época. Para que ese cargo fuese atendible, era preciso que se demostrara que las comunidades religiosas han repellido siempre á las gentes bien educadas, y solo han acogido á la plebe soez y baja. Pero esto nunca será demostrable, puesto que, no habrá instituto monástico que no cuente entre sus hijos, reyes, principes, nobles, caballeros y toda clase de ciudadanos que han tenido una decorosa posición social. Este cargo se convierte contra los mismos que lo formulan. Los que lo hacen son precisamente los

mismos que sostienen la idea de la *igualdad absoluta* en la sociedad y estos soñadores no pueden mover cuestion, sin inconsecuencia, sobre diferencias procedentes de educacion, de virtud, de honor, de cultura. &c. Para ellos, lo mismo merece el sacerdote que el cochera, el magistrado que el galeote, la púdica virgen que la ramera soez. Extraño es, por lo mismo, que aparezcan escandalizados de que tales cuales cuerpos, se compongan de esta ó de aquella gente. *Es odioso é injusto establecer distinciones entre ciudadanos iguales.*

Ademas, demos por un momento que de hecho las comunidades religiosas se compusieran de puros individuos del pueblo: esto ni atacaria en su esencia el espíritu de la institucion monástica, ni de ello se le irrogaría mal alguno á la sociedad: no lo primero, porque en las instituciones del cristianismo, no es este el que se ablande á recibir por sello la índole de los hombres que abracen esos institutos; el hombre corromperá, desvirtuará, pero nunca dominará al Evangelio: no lo segundo, porque de la admision de las clases infelices en las órdenes religiosas, resulta la ventaja grande de cierto grado de compensacion en los desequilibrios sociales. Pues qué, ¿el pueblo no tiene derecho á contar en la sociedad con algun elemento de mejora y de perfectibilidad? Y, ¿no es claro que el hombre del pueblo bajo, que abraza la vida monástica, mejora de posicion y de educacion? Al menos se debiera pensar que cuantos plebeyos abracen la vida de los claustros son otros tantos hombres que se ponen en situacion de ser menos malos, menos perjudiciales á sus semejantes. Reflexiónese que el cargo que refutamos, lo hace esa filosofía que adula al pueblo con las teorías de *igualdad y soberanía popular*; y luego tiene á mengua que ciertos institutos sean frecuentados esclusivamente por ese pueblo *soberano*, por esa plebe que, no obstante ser mal educada, es *igual* á los magnates mas ilustres y beneméritos del mundo.

El Cristianismo admitió á su sacerdocio real á los esclavos: para recoger los ministros de un culto augusto, borró las diferencias procedentes de la sangre; para decorar su gerarquía, no ha hecho distincion entre la casta del vencedor y la del vencido. Y con esto, ¿la Iglesia deslustró en nobleza celestial, ó descendió de su grandeza divina? Ciertamente no. Antes bien, ejerció uno de los oficios mas sublimes de su mision sobre la tierra. Ella comenzó á herir de muerte el sistema de la esclavitud, y á estinguir esas distinciones odiosas entre los humanos, estableciendo la igualdad de la justicia y de la caridad, perpetuando el espíritu con que San Pablo escribia á Filemon, recomendándole á Onésimo el esclavo, con palabras tan tiernas como estas: *Tú de tu parte recíbele como á mis entrañas, ó como si fuera hijo mio no ya como nuevo siervo, sino como quien de siervo ha venido á ser*

por el bautismo, un hermano muy amado, de mí en particular..., y si te ha causado algun detrimento ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta (1).

Pues bien, así como han trascurrido muchos años á fin de que la filosofía humana venga á hacer justicia al espíritu desarrollado por la Iglesia á favor de la esclavitud, de la clase mas abyecta de la antigüedad; así pasarán tambien, para que se le haga justicia en cuanto á su espíritu á favor de ese pueblo ignorante, á quien recibe en sus claustros, levantándole de la última miseria, y abriendo á sus hijos una carrera tan gloriosa como la del humilde pastor de Montalto.... Este en el mundo, apacentando una piara habria desaparecido ignorado y sin nombre; un claustro le abre sus puertas, y la Iglesia en la serie de sus pontífices, le llama Sixto V.

Tal vez será providencial que haya llegado una época en que las comunidades religiosas se compongan de individuos de la última clase del pueblo: acaso á ellos está encomendado dominar á ese mismo pueblo que se agita, se revuelve y se enfurece bajo las banderas de Saint-Simon, Owen, Fourier y Proudhon. Consúltese á la historia, y ella dirá cuáles fueron las influencias de los claustros compuestos de cierta clase, neutralizando en otra época la accion de un feudalismo bárbaro. Jesucristo escoge sus apóstoles entre el pueblo pobre, y ello no es obstáculo para que, muy en breve, la fuerza de la doctrina ponga en conflicto á los sábios del Arcopago de Atenas! (2)

IX.

Dijimos que habíamos ido al claustro en busca de la paz del corazón. No nos equivocamos al dirigirnos á un asilo donde se respira un ambiente todo de paz. En él todo lo que se presenta á la vista, así como lo que afecta al espíritu y al corazón, parece que tiene el poder de conjurar esas turbulencias que suscitan las pasiones, y de abrir los ojos á una luz nueva que hace distinguir verdades nuevas tambien. El solo espectáculo de las prácticas piadosas, á que sin cesar está dedicada la comunidad; el aspecto venerable de tantos hombres, en cuyos semblantes está pintado el espíritu de vencimiento y de abnegacion continua; la idea de penitencia y de expiacion que se refleja de todos los objetos con que se tiene que estar en contacto, es bastante para impresionar profundamente, aun al corazón mas frívolo, y mas henchido de las vaciedades del siglo.

El que habite por algunos dias en el Colegio de Guadalupe, no ne-

(1) S. Pablo á Filemon, vv. 16 y 18.

(2) Hechos de los apóstoles, cap. 17.

ésita oír predicacion, ni dedicarse á la lectura de libros de piedad, para trasformarse en otro hombre, y ocuparse sériamente de algo que tenga tendencias á lo sobrenatural: para esto le bastan solo los repetidos ejemplos que tiene á la vista, á todas horas y en todas partes. Presenciamos varias veces la comunión de la comunidad toda, en los dias en que debe recibirla por estatuto. Este es uno de los actos mas graves y patéticos que hemos presenciado en nuestra vida. La comunidad espera en la sacristía la hora de la comunión, en medio de un silencio tan profundo, de una compostura tan modesta, que solo se puede explicar en el hombre que se anonada absolutamente bajo el peso de la conciencia de su pequeñez á presencia de un Dios infinitamente grande. De allí se van acercando los religiosos á la sagrada mesa, descalzándose previamente y postrándose por tres veces; sin que en este tiempo se oiga mas que la fórmula de la administracion del Sacramento terrible, pronunciada por el sacerdote, y el chisporroteo de la cera que arde alrededor del Dios vivo. Si algun cuadro hemos presenciado en nuestra vida con verdadero temor y temblor; si alguno nos ha causado impresiones inolvidables, sin que nunca nos haya sido dado describirlo exactamente, es el de esa comunión en Guadalupe, que dá tan poco que ver, como mucho que sentir, sin poder, sin embargo, decir algo digno sobre ella.

Aquellos hombres ángeles, hundidos, por decirlo así, desde la cabeza hasta los piés en la miseria de su sayal, emblema de la miseria de la carne; con sus plantas desnudas y arrastrándose sobre sus pechos para acercarse al Verbo de Dios, nos parecieron tan grandes, tan sublimes, como puede serlo el hombre que, reuniendo la fé del apóstol, la esperanza del profeta y la caridad del mártir, arrastra consigo la conciencia del pecado, y dá testimonio de la penitencia. Si álguien quisiera conocer la personificación del prodigio cristiano, prodigio *mónstruo* en verdad, que resulta del conjunto de la fé, la esperanza, la caridad y la expiación, le conduciríamos á presenciar la comunión de los religiosos de Guadalupe: allí veria desaparecer al hombre todo mediante una completa transformacion divina; á manera de la víctima sagrada que desaparece del altar de los sacrificios, devorada por la llama que desciende del cielo para consumir el holocausto; allí veria levantarse al mortal hasta las alturas del cielo, como el profeta Elías que, arrebatado por el torbellino de fuego, se perdió á los ojos de Eliseo, dejándole su manto en testimonio de la peregrinación que habia consumado.

Otra de las prácticas muy interesantes para nosotros en aquella comunidad, fué el canto, por la noche, del *Tota pulchra*, que entona en el cuerpo de la iglesia, y que viene á cerrar las oraciones comunes

del dia. Es un canto grave, bajo la nota de un sentimiento muy expresivo; y sin mas música que la misma letra que se entona; y no obstante esto, siempre encontrábamos nueva aquella canturia; y sus armonías, repetidas mil veces, nos parecían reproducirse todos los dias á impulsos de una inspiracion nueva. Un escritor, hablando de esas oraciones que el cristiano repite sin cesar, sin que le cansen alguna vez, dice que ello es porque las palabras del amor son como el sentimiento que las inspira; éste, por mas que se reproduzca, siempre será nuevo, porque nunca será el mismo que en el momento anterior. (1)

Tuvimos necesidad de estrechar nuestras relaciones con un religioso, á quien elegimos para depositario de las confidencias mas amargas de nuestro corazon. El, con una sabiduría toda divina, supo dar á esas confidencias el carácter que mas convenia á nuestro espíritu; y á proporcion que ellas iban siendo mas difusas y mas íntimas, sentiamos que sus palabras soplaban sobre nuestra alma un espíritu vivificante, que arrasaba con su impulso todos esos objetos estraños que hacian sobre el corazon la tempestad que le ha trabajado por mucho tiempo.

La religion cristiana, en esas confidencias sacramentales, cuya necesidad ha impuesto por precepto, instituyó un sacrificio de expiación en que se ejercitan las tres mas sublimes virtudes, cuya práctica comprende la de todas las demas. El hombre que se resigna á ese sacrificio, que ofrece esa expiación, cree al mismo tiempo que espera y que ama; y este acto triple prepara la víctima que es el corazon del hombre, para que reciba sobre sí la sangre del Cordero Eterno; cuyo valor infinito hace aceptable el holocausto. El penitente cristiano cree, y por eso se humilla á los piés de un hombre, á quien mira como intermediario entre el pecado y la remision, entre el cielo y la tierra: espera, y por esto se humilla á pedir tanta gracia, cuanta necesita, segun la multitud de miserias que derrama en el seno de su confidente sagrado: ama, porque el acto de abnegacion á que se resigna, solo es comparable con la voluntad decidida á sacrificar su propia existencia, y esta voluntad solo se explica en el que ama, y con un amor divino.

La religion cristiana, profunda conocedora de las necesidades del corazon humano, ha creado una satisfaccion sobrenatural para ellas, cuando llegan á un punto én que los recursos naturales les son insuficientes. Si nos fuera lícito presentar bajo un aspecto puramente filosófico la confesion sacramental, diriamos que el hombre que vive de

(1) Lacordaire. Vida de Santo Domingo, hablando sobre la devoción del rosario.

la reproduccion de su corazon en los seres sus semejantes, se conserva por las confianzas continuadas, por cuyo medio se asimila con todos aquellos que se las escuchan: el amigo que ciegamente deposita sus confianzas en otro amigo, en esto mismo le da un testimonio irrefragable de la fé que tiene en su lealtad; de la esperanza que le alienta de recibir de él un consuelo, y del amor entrañable que motiva aquella creencia y aquella esperanza. Pero las confianzas humanas tienen un limite que no pueden traspasar; porque hay confianzas terribles, secretos amargos, debilidades vergonzosas que el hombre, sin suicidarse, no podría depositar en el hombre: y he aquí, que donde acaban por necesidad las confianzas del hombre para con el hombre, allí tienen que començar las confianzas del hombre para con Dios.

Aquí tenemos la esplicacion mas natural sobre esa intimidad de un género propio que resulta entre el penitente cristiano y el sacerdote, que una vez ha sido el depositario de sus confianzas mas vergonzosas. Relaciones que han sido juzgadas por muchos, bajo un aspecto repugnante, y mas cuando se trata del sexo débil (1). En esto habrá abuso como en todo aquello en que interviene la miseria humana, pero las relaciones en sí y en su propia naturaleza, nada contienen que no sea conforme á la del corazon del hombre. Considérese con imparcialidad el templo que debe tomar necesariamente una intimidad que procede de relaciones entre una paternidad y una filiacion sobre-humanas. El penitente cristiano que se arroja á los piés de un sacerdote, para deponer ante él un peso extraño que le abruma, que le hunde en ese abismo que abrió bajo sus plantas, la negacion de la verdad y del bien: el sacerdote que sopla sobre el corazon renovado, un espíritu de vida y una fuerza sobrenatural de que ya estaba exhausto; que llena de fé y de esperanza los abismos abiertos por la indiferencia y la duda; que le rehabilita para las obras de la gracia, con el mismo divino poder con que Jesucristo dijo al paralítico: *Levántate, coge tu cama y anda. . . . Bien ves como has quedado curado: no peques, pues, en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor:* (2) ese penitente y ese sacerdote quedan para siempre unidos con unos vínculos de especie propia, que forman una amistad singular; y sobre la que solo puede dar juicio el que se haya puesto en el caso alguna vez, de ser arrebatado por tales afectos: al que sin este antecedente hable de ellos y les califique y les censure, lo llamaremos necio é injusto, como al que pretende dar su voto sobre los misterios de un Santuario, cuyos umbrales nunca ha traspasado.

(1) Entre otros La Bruyere—V. sus "Caracteres."

(2) S. Juan—cap. 5, vv. 8 y 14.

En cuanto á nosotros, hástenos decir, que hablamos de lo que hemos sentido; y que nunca recordamos sin interes al hombre que, derramando á torrentes sobre nuestra cabeza la sangre teánica, y estendiendo su mano para pronunciar un *vade in pace* omnipotente, se ha asemejado al mismo Dios, que estiende su brazo sobre las tempestades del mar, y sosiega en un momento las agitaciones espantosas del gigantesco mónstruo.

X.

Cumplido nuestro primer propósito en el Colegio de Guadalupe, tuvimos libertad para dedicarnos á conocer algunas de las bellezas que enriquecen aquellos claustros. Vimos pinturas de mucho mérito y de pinceles de primer orden: éstas son calificadas allí con criterio, estimadas con gusto y conservadas con esmero. Hace pocos años que por alguna de ellas ofreció un extranjero, amante de las bellas letras, una fuerte suma, que fué desechada modestamente por los pobres mendicantes (1). Prueba del buen gusto y desinteres que reina entre aquellos religiosos: vergüenza para muchos enemigos de los claustros, que declaman sin cesar contra la ignorancia y barbarie de los frailes: estos declamadores, en lo general, son capaces de cambiar por oro, hasta los retratos de sus esposas y de sus madres. Díganlo, si no, algunos riquísimos lienzos que en 1856 y 57, han salido de Puebla para el extranjero, vendidos por la codicia de los demagogos, que habían robado de los claustros aquellos monumentos de las artes.

Conocimos los retratos de algunos religiosos venerables por sus virtudes; de otros que se pueden llamar beneméritos de la patria, porque ensancharon sus limites llevando la luz del Evangelio, y con ella la civilizacion y el imperio de la ley mas allá de los desiertos que nunca pudo penetrar la espada del conquistador. Religiosos ilustres que fueron á fecundizar con su sangre el helado territorio de Tejas; y que opusieron un muro inespugnable á las irrupciones de los salvajes, que cuando faltaron los misioneros han podido traer hasta el corazon de la República, la desolacion y el esterminio! Apóstoles oscuros, segun el mundo; pero e yo nombre aparece radiante en las páginas de la Religion y de la humanidad!

Desde el momento en que las misiones de religiosos han faltado en

(1) Esta pintura es un bellissimo cuadro que representa el martirio de S. Bartolomé. Sabemos que se han tomado varias copias de ella que abundan en Zacatecas.